

AL MAESTRO JUAN CARLOS GARAVAGLIA

Melina Yangilevich

Sin dudas, éstas son palabras que no hubiera querido escribir. Resultan particularmente difíciles por el motivo que las convocan pero además porque resulta complejo agregar algo sustancial a lo dicho precedentemente por dos de sus amigos y colegas más cercanos, Jorge Gelman y Raúl Fradkin. El recorrido exhaustivo que hicieron por la vida profesional y militante de Juan Carlos no deja espacio para agregar mucho más. Sin embargo, resulta necesario recordarlo y homenajearlo desde el *Anuario IEHS*, que fue, en buena medida, su obra y que dirigió durante los primeros años de existencia. El Instituto de Estudios Histórico-Sociales y su anuario surgieron en 1986 como parte de un proyecto colectivo de renovación de la carrera de historia, a partir de la iniciativa de Eduardo Míguez, entonces decano normalizador de la Facultad de Humanidades de la UNICEN. Un año antes, Juan Carlos llegó a Tandil casi al mismo tiempo que su gran amigo, Juan Carlos Grosso. Este proceso tuvo en Juan Carlos, 'el Gara' como se lo nombra afectuosamente, a uno de sus principales animadores.

Desde 1986 hasta 1989, fue el director del *Anuario*. Su rica experiencia en el medio académico internacional, junto con la de otros miembros del IEHS e integrantes del comité editorial, obró que, desde el primer número, se convocara a historiadores e historiadoras referentes de la disciplina, europeos y latinoamericanos. Sin embargo, se decidió dedicar una parte del primer número a la presentación de los trabajos de investigación que se estaban realizando en el propio Instituto, lo que constituyó una suerte de presentación en sociedad del Instituto y de sus integrantes en el contexto del regreso de la democracia, con todo lo que ello implicaba para las investigaciones en el campo de las disciplinas sociales en general y de la Historia en particular. En el medio académico local de entonces, la existencia de revistas de calidad era excepcional y el trabajo de Juan Carlos al frente del *Anuario* cimentó buena parte de lo que hoy lo caracteriza. Sus propias palabras dan cuenta del perfil con el que fue pensado y concebido; en la presentación del número 3, afirmaba que "la revista nacida y hecha en Tandil tiene un porcentaje elevado de colaboradores externos al IEHS y una alta participación de miembros del CONICET." En el número 4, Juan Carlos se despedía como director "con la tranquilidad de haber contribuido, junto con todos los miembros del Comité Editorial y los investigadores del Instituto, a consolidar (...) este espacio de estudio y reflexión." Estas palabras sintetizan, en unas pocas líneas, su legado tanto para la revista como para el Instituto. Casi treinta años después, no hay dudas de su trascendente

contribución y de la permanencia de un conjunto de principios que guían la política editorial del *Anuario*: la concepción de un espacio académico de excelencia, referente en el ámbito historiográfico nacional e internacional. Juan Carlos no se limitó a concebir un espacio de “estudio y reflexión”, como él lo caracterizó, sino que sumó un aspecto esencial para llevar a buen puerto estas iniciativas: lo hizo pensándolo desde la necesidad de la construcción colectiva, un aspecto tan necesario como complejo de llevar a la práctica.

Al año siguiente, Juan Carlos asumió el cargo de director del Instituto y, si bien poco después partió hacia Francia, siempre mantuvo un contacto fluido con colegas y estudiantes del Instituto y de otros espacios locales. Antes de su viaje, en un gesto de generosidad cargado de afecto, donó a la hemeroteca del IEHS una colección de más de doscientos cincuenta libros y revistas especializadas en derecho laboral que habían pertenecido a su madre, Aída Bitbol, destacada abogada. Fue en su último año como docente en Tandil cuando con mis compañeras de curso tuvimos la oportunidad de conocerlo. No quisiera que estas páginas fueran autoreferenciales; sin embargo, intuyo que la relevancia que para mí tuvo la posibilidad de conocerlo y aprender de él es una experiencia compartida con un número importante de personas. Y por eso, aspiro a que lo que sigue no constituya un relato excesivamente autobiográfico. Un par de meses después de su muerte resulta arduo asimilar que no lo volveré a ver en alguna jornada o en los repetidos encuentros en la querida Rosario, donde tuve la suerte de encontrarlo varias veces durante los últimos años, gracias a las gestiones de Darío Barrera. Siempre era un animador entusiasta de todos los encuentros, ya fuera comentando un texto o, después del trabajo, relatando anécdotas sucedidas en algunos de los tantos espacios que recorrió. En una de estas ocasiones, lo encontré por última vez en agosto del 2016. Acordamos vernos en Tandil, donde era uno de los principales invitados a celebrar los treinta años de la creación del IEHS. Lamentablemente, no pudimos contar con su presencia. En aquella ocasión, también tuve la suerte de que comentara mi trabajo, con la misma generosidad, inteligencia y humor que desplegaba en todos los espacios y lejos de cualquier solemnidad. Ese último encuentro me hizo rememorar el día que lo conocí. Fue en 1990; por ese entonces Juan Carlos era profesor de Historia Americana II –Colonial– en la todavía Facultad de Humanidades. El IEHS y el *Anuario* estaban en pleno desarrollo a pesar de las serias dificultades que las instituciones universitarias debían sortear para llevar a buen puerto sus actividades. Por entonces, me encontraba cursando el primer año de la carrera en Tandil. Ésta, aunque recién iniciada, excedía con creces las expectativas del grupo de estudiantes que integraba. La Historia que se enseñaba le escapaba a las efemérides y a la memorización que eran moneda corriente en buena parte de los colegios de los que proveníamos. Las primeras clases de Historia Social General, a cargo de la profesora Susana Bianchi, hicieron las veces de un curso de ingreso acelerado no solo a la vida universitaria sino también al perfil de excelencia académica que tenía –y sigue manteniendo– la carrera de Historia. Durante todo el primer año, nos introdujo en otro aspecto fundamental:

el de la sociabilidad académica. Un aspecto fundamental que no necesariamente forma parte de los contenidos de los programas de las asignaturas pero que los buenos docentes transmiten. Un aprendizaje sobre el funcionamiento del mundo académico en términos globales. El ámbito propicio para estas enseñanzas fue otra materia que dictaba Susana: Introducción a los Problemas Historiográficos. Una parte de las clases estaban dedicadas a que diferentes docentes de la carrera nos refirieran diferentes aspectos de sus trayectorias académicas. Juan Carlos fue uno de los docentes que nos regaló unas horas de su tiempo para contarnos como había llegado a ser docente e investigador. Su testimonio acerca de cómo descubrió su gusto por la Historia, sus estudios previos de Derecho y el relato sobre la comunicación a sus padres que dejaba la carrera de abogacía para dedicarse a la que lo apasionó toda su vida fue realizado con el humor y el histrionismo que lo caracterizó siempre. Casi era posible imaginar esa escena, que él mismo recrea en el libro donde narra su juventud y que seguramente varias personas le escucharon relatar. Era imposible no identificarse con el entusiasmo que transmitía por la Historia, aquella que lo llevó, entre muchos temas, a reconstruir la vida de “pastores y labradores”, abordándolos desde sus múltiples dimensiones: en sus actividades productivas, como agregados, soldados, vecinos y también ejerciendo de alcaldes, tenientes y jueces de paz. La historia de la justicia fue el marco que me permitió –ahora sí– tenerlo como profesor en un seminario y reencontrarlo muchas veces antes y después de su radicación en Rosario. Ser un gran docente era una de sus muchas cualidades. Como él mismo afirmó en su libro *Una juventud en los años sesenta*, dar clases era algo que llevaba en la piel, una actividad “indispensable como compañera de la investigación.” Para sus estudiantes las horas en las aulas nunca eran aburridas. Las clases eran magistrales pero sobre todo vitales. Su pasión, su conocimiento de las fuentes, a veces su “dramatización” comunicaban una idea del mundo histórico de una riqueza tal que contagiaba el deseo de convertirlos en historiadores; o en todo caso, de las posibles imágenes de historiador, la de él era la que más seducía, más allá de sus apasionadas diatribas contra un Levene –pero no solo él– que ya no podía responder.

Su última visita al Instituto fue en septiembre de 2015. En esa ocasión, dio una conferencia sobre el tema que estaba investigando: Desigualdad, finanzas y guerra en Argentina entre 1865 y 1870. El encuentro fue muy emotivo por varias razones, la presencia de muchos viejos conocidos, el recuerdo de quienes ya no estaban, pero también porque el espacio del Instituto no alcanzó para contener a todos los alumnos y egresados de la carrera que querían escucharlo. Fue bueno saber que se llevó una cuota importante de afecto y de admiración de personas de diferentes generaciones.

Un homenaje a Juan Carlos no podría resaltar solo los valiosos aportes que hizo a la historiografía, sino también su rol como maestro, uno de los aspectos en los que más se destacó. En este sentido, fue un referente, una fuente de ideas, sugerencias y estímulos para quienes tuvieron la suerte de contar con su guía. Por ello, los miembros del Instituto de Estudios Histórico-Sociales decidimos alojar en la página web

(www.unicen.edu.ar/iehs/) un espacio dedicado a recordarlo a través de testimonios, fotografías y diversas conferencias que dictó en distintos lugares. Aspiramos a que este ámbito virtual crezca con el aporte de diferentes colegas y la incorporación de nuevas secciones. Seguramente, como homenaje no será suficiente, pero es uno de los modos posibles, entre muchos otros, con el que lo tendremos presente.